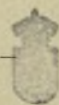


# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 51.—BARCELONA 26 DE MAYO DE 1915



BIBLIOTECA MUNICIPAL  
MADRID



La archiduquesa Augusta, sobrina del emperador Francisco José, inaugurando un hospital para heridos, en Buda-Pesth

## CRÓNICA INTERNACIONAL

I. El proceder de Inglaterra.—II. La actitud de los Estados Unidos.—III. Italia.—IV. Hechos menudos, pero significativos

### I.—El proceder de Inglaterra

Mal consejero es el despecho. Aquellos idealistas teóricos, hombres que en lugar de descender al terreno de la realidad, donde nos hemos de mover forzosamente todos, no apartaban sus ojos de los libros y se satisfacían con impregnarse de doctrinas hermosas; aquellos entusiastas admiradores de la libre Inglaterra, patria del derecho, de la libertad y del respeto a todas las opiniones ¿qué dirán cuando la guerra acabe y el buen juicio se imponga a las pasiones desatadas?

Los últimos reveses padecidos por Albión en su orgullo militar y naval, han dado lugar a una campaña de difamación que contrista y apena. Se prodigan a diario en los periódicos más sesudos los epítetos más denigrantes e injuriosos contra el inquebrantable enemigo; se da asenso a relatos inverosímiles ponderando la crueldad, la barbarie, el salvajismo de los teutones; sistemáticamente se les ultraja y se les vilipendia; jamás se había desencadenado una furia igual.

Al desastre de los canadienses en Ipres, a la de-

rrota de los ingleses en el mismo punto y al hundimiento del *Lusitania*, responde la plebe del Canadá saqueando y destruyendo las tiendas y propiedades de los alemanes residentes en aquel país; las turbas de Londres y otras grandes capitales siguen el mismo ejemplo, y llevan su rabia hasta el punto de atropellar a las personas; no es así—como dice muy bien Mister Smith—como se defiende la patria: esos hombres que incendian y saquean, y maltratan a gentes indefensas e inofensivas, amparándose en la impunidad, debieran encontrarse en Francia con las armas en la mano, frente al adversario igualmente armado. Y el Gobierno británico decreta el extrañamiento o la concentración en campamentos de toda la población austro-alemana residente en Inglaterra, y expulsa de la orden del Garter a los soberanos y príncipes reinantes de los países enemigos, celebrando una ceremonia de degradación en la abadía de Westminster. Las sociedades científicas, literarias y de todos los órdenes, borran de sus libros los nombres de sabios y literatos alemanes cuyos trabajos y descubrimientos no han podido ser igualados, por franceses e ingleses. Es la guerra despiadada



implacable y sin cuartel, mil veces peor que la que tiene efecto en los campos de batalla, porque en estos se trata de arrancar la vida al adversario, mientras que del otro modo se le quiere privar para siempre de la honra y del honor.

La historia ridícula de los gases asfixiantes, producidos por casi todos los proyectiles modernos, y que aparecieron ya en la campaña ruso-japonesa, ha servido de pretexto para motejar de crueles y bárbaros a los alemanes. ¿Será acaso más humanitaria la bayoneta o la granada? ¿Los proyectiles de gran calibre que disparan los cañones de los aliados, difunden tal vez perfumes y aromas?

Acto tristísimo y lamentable, profundamente sensible, fué el hundimiento del *Lusitania*; pero, aparte del aviso solemne, formal y repetido de lo que iba a sucederle, ¿será menos cruel a condenar a parecer de hambre a 70 millones de personas? ¡Ah! dicen los ingleses, antes de morir, se declararán vencidas, y habremos ganado la guerra. ¡Pues bien! responden los alemanes, como no son las mujeres, niños, ancianos e inválidos, quienes han de sufrir los golpes del enemigo, sino los ejércitos, vengan los ingleses a derrotarnos, pero dejen en paz a la población civil! Preferible es—añaden—que perezcan dos o tres millares de personas, que voluntariamente se exponen al peligro, que no la muerte de muchos millones.

El derecho internacional se agita e interpreta por los ingleses, para probar la crueldad de los alemanes. Pero ¿en qué principios de tal derecho, ni de ningún otro, se decreta el bloqueo general de todas las fronteras austro-alemanas, sin tomar medida ninguna para mantenerlo? Porque las fronteras abiertas han quedado, pero a muchos centenares de leguas de ellas los barcos de guerra de los aliados persiguen a las naves mercantes de todos los países, que transportan mercancías a o desde Alemania y Austria; barcos neutrales que desde un punto neutral se dirigen directamente a otro puerto también neutral, sin pasar por aguas de los beligerantes, son detenidos a diario, registrados, conducidos a menudo a un puerto militar y a veces confiscados. Los alemanes, al contrario, anuncian el bloqueo y lo mantienen en donde debe mantenerse: en las aguas jurisdiccionales enemigas. Pero—arguyen los ingleses—no hay derecho a sumergir los barcos mercantes, sino únicamente a capturarlos. Y los alemanes contestan: eso era antes, cuando no había submarinos; ¡que más quisiéramos nosotros que apresar los barcos en vez de hundirlos!

Y mientras en Francia y en Inglaterra se interna a la población civil de los países rivales, sin exclusión de infelices mujeres y niños, en Austria y Alemania se mueven todavía libremente los súbditos enemigos que allí residen. Los prisioneros que hacen los rusos, son enviados sin abrigo, mal alimentados, a la inclemente Siberia; llenos están Marruecos y Argelia de prisioneros alemanes, trasladados a aquel clima aniquilador, y mal cuidados. ¡Y se acusa de crueles a los alemanes!

Inglaterra legisló y predicó teorías, durante siglos, para los demás, doctrinas que obligaban al resto del mundo, pero en las que no había de quedar sujeta gracias a lo fuerte de su escuadra. Todo el derecho marítimo, si se le estudia serenamente, no

está escrito más que para poner al débil a merced del todopoderoso; la libertad inglesa es amplia, extensa, a condición de que se reserve a Inglaterra el primer puesto; la igualdad británica es para los extraños, sin excepción, que deben reconocer el predominio y la superioridad de los britanos. Y he aquí que de pronto un adversario fuerte y enérgico, se alza contra este estado de cosas y da al traste con el artificioso y previsor derecho británico. Sobreviene entonces el furor de la impotencia, el desbordamiento de las pasiones, el hecho tristísimo de un contrasentido excepcional: el Gobierno británico ataca a Alemania en los países neutrales, arruina al comercio enemigo, se muestra despiadado con las propiedades y personas del imperio rival que tiene a su alcance, pero ¡el ejército británico, que no es el pueblo británico, retrocede ante el ejército alemán!

Limpia está la prensa alemana de los dicterios e insultos de la aliada; pero la paciencia se comienza a extinguir; los nervios vibran ante tantos y tales ataques injustificados. Nos acercamos a una campaña de represalias, la guerra va a adquirir caracteres de ferocidad; Alemania lleva la mejor parte, su suelo está libre de enemigos, y los golpes que dé serán mucho más dolorosos que los que reciba. Esto es lo que desea Inglaterra, mientras la proteja el mar: que se alcen llenos de furor los franceses, los rusos, los belgas... todos los pueblos.

¡Qué sedimentos va a dejar esta guerra!

## II.—La actitud de los Estados Unidos

La catástrofe del *Lusitania* ha motivado una nota del gobierno de los Estados Unidos al de Berlín. La prensa inglesa acoge con fruición el lenguaje enérgico, aunque correcto, del documento, y ve en éste el primer paso para que un nuevo y poderoso pueblo se coloque al lado de los aliados. Si esa creencia es real o fingida, lo ignoramos; pero a menos que los ingleses hayan perdido la memoria, es imposible que no se den perfecta cuenta de que la política norteamericana no es ni más ni menos que la seguida por la Gran Bretaña en los días dichosos de la paz.

Los Estados Unidos no correrán al agotamiento de sus fuerzas tomando partido por Alemania, ni por Inglaterra, su verdadero rival, como el de todos los pueblos cuya prosperidad va en aumento. Defenderán la libertad de su comercio y procurarán seguir colocando sus géneros en Francia e Inglaterra, teniendo a todos contentos y a todos disgustados, con sus notas más o menos amistosas y sus actitudes más o menos amenazadoras, pero no desenvainarán el acero. Esto será mañana, cuando puedan caer sobre el Japón y dar el golpe de gracia a la Gran Bretaña; entre tanto, se preparan, y anotan con mal disimulado regocijo las bajas que padecen las flotas beligerantes.

Con esto queda bien fijada la situación de los Estados Unidos en la política internacional.

## III.—Italia

Deliberadamente hemos omitido el tratar de Italia en las últimas *Crónicas*, a pesar de los vaticinios de hace dos meses y de la agudización de las nego-



ciaciones con Alemania y Austria. Nuestra opinión ha quedado expuesta en estas páginas, y no hemos de volver sobre ella. Cuando Italia haya tomado un partido definitivo, y se resistirá todo lo que pueda a abrazarlo, será ocasión de examinar extensamente los múltiples factores que intervienen en la agitación del país y en las resoluciones de sus gobernantes. Por ahora, basta con reflejar nuestro asombro por el silencio que se guarda acerca de la causa inicial y principal del ademán belicoso que parece ha adoptado Italia: no es otra que la presión de Inglaterra, bien secundada por Francia.

#### IV.—Hechos menudos, pero significativos

Rusia, tan necesitada de dinero como de cañones, va a emitir un nuevo empréstito, pero en vez de recurrir a sus aliados, lo quiere colocar en el interior.

No se habla tanto de Rumania, y Bulgaria y Grecia se diría que han desaparecido del mundo; no olvide el lector que la campaña en los Dardanelos se desenvuelve más a gusto de los turcos que de los aliados.

El avance de los alemanes en Curlandia y la conquista de Libau, han sido acogidos con manifestación de satisfacción en los países escandinavos.

El general Botha, uno de los héroes boers y ahora excelente general británico, ha invadido el África occidental alemana y ocupado su capital, sin encontrar resistencia; con tan fausto motivo, la prensa británica dice que *ha sido redimida* dicha colonia, que va a gozar en adelante de las ventajas de ser gobernada por Inglaterra.

A los nombres de Gibraltar, Malta y Chipre, se han añadido los de Lemnos y Tenedos. ¿Qué dirían los franceses de los siglos XII al final del XIX, si supieran que sus descendientes auxilian a los ingleses en esa metódica empresa de dominar el Mediterráneo?

F. LARIN.

### LA SITUACIÓN ACTUAL DE LAS NACIONES BELIGERANTES

#### V.—Austria-Hungría

Para la prensa de los aliados—cuyas impresiones son las que prevalecen en los países de lengua latina, por la facilidad de comunicaciones y lo extendido que se halla el idioma francés—Alemania es el enemigo más cruel, pero temible, mientras que Austria-Hungría se presenta como nación caduca, descoyuntada, moribunda. Ha llegado a crearse una atmósfera tan apartada de la realidad en lo que atañe a la doble monarquía, que es menester que el lector se persuada bien de cuanto va a seguir, si quiere formar un juicio aproximado de la situación del Imperio central.

Europa debe a Austria-Hungría dos inapreciables servicios, que no le ha agradecido como debiera: fué el dique contra la invasión de los otomanos, y el valladar en que se ha estrellado el avance del eslavismo, aun no entrado en la civilización occidental;

como consecuencia, el odio de Turquía, primero, desvanecido cuando Serbia sacudió el yugo musulmán y se formó Rumanía y se emancipó Bulgaria; la enemistad secular de Rusia, luego. Austria fué el país más castigado en sus sentimientos íntimos por la revolución francesa, y el teatro favorito de las campañas de Napoleón; después, la misma Francia, que ya la había arrojado de la Lombardia, contribuyó a la formación del reino de Italia, desvaneciéndose para siempre la esperanza austriaca de ser la reina y señora del Adriático. Desde mediados del siglo XVIII, Austria, entonces a la cabeza de Alemania, aprendió a conocer la fuerza de Prusia, a la que ha acabado por considerar como su hermana mayor, lo mismo en las artes de la guerra que en las labores de la paz. Y, finalmente, ve en el reino italiano algo improvisado, algo deleznable, un estado impertinente, tanto más ambicioso cuanto más derrotado en los campos de batalla. Si a esto se añade que por su posición geográfica ha sido el teatro de la guerra más frecuente en Europa, tendremos establecidos los jalones para examinar cual es su situación verdadera.

País en el que entran multitud de nacionalidades y de razas, Austria-Hungría ha tenido el mérito y la virtud, que en el orden político son un profundo error, de respetarlas a todas y tratarlas benignamente por igual. Unas al lado de otras conviven y toman parte en los negocios públicos, sin que el Gobierno de Viena ni el de Buda Pesth traten de someter las más a la tiranía de las menos. Hay diferencias y choques entre unas y otras, y a veces estallan los disturbios, pero el poder supremo se mantiene ecuaníme y desapasionado, y no aprieta por eso los resortes gubernamentales. En este concepto, Austria-Hungría es el país más libre de Europa, aunque otra cosa crean muchos. Tiene sus inconvenientes esta manera de gobernar, pero también tiene sus ventajas, y la principal se está tocando en esta guerra.

Los polacos y eslavos, tan abundantes en las provincias occidentales, comparan su situación con la de sus hermanos de Rusia, y se sienten felices; tal vez sus simpatías no estén de parte de los húngaros ni de los austriacos, pero el interés propio y el bienestar les llevan al lado del Gobierno constituido; lo mismo puede decirse de los bosniacos y dálmatas, cuya existencia es incomparablemente mejor que la de los individuos de su raza que antaño padecieron bajo el poder musulmán y ahora están sometidos a Serbia; y en cuanto a los habitantes del Trentino, de nacionalidad italiana, no pueden menos de comparar las libertades de que gozan y su desahogada existencia, con la pobreza que hace estragos en el país vecino y con las continuas conmociones populares que todavía agitan al reino de la casa de Saboya.

De donde se sigue, que aunque los lazos de la sangre y la voz de la raza tiendan a aflojar los vínculos que unen a la multitud de pueblos que integran la doble monarquía, el interés propio, que se antepone a todo, les lleva a mantenerse estrechamente apretados contra los enemigos tradicionales de Austria-Hungría: Rusia, siempre, y modernamente Italia. No es el sentimiento, sino la convicción, la raíz de donde toma su fuerza aquel imperio.

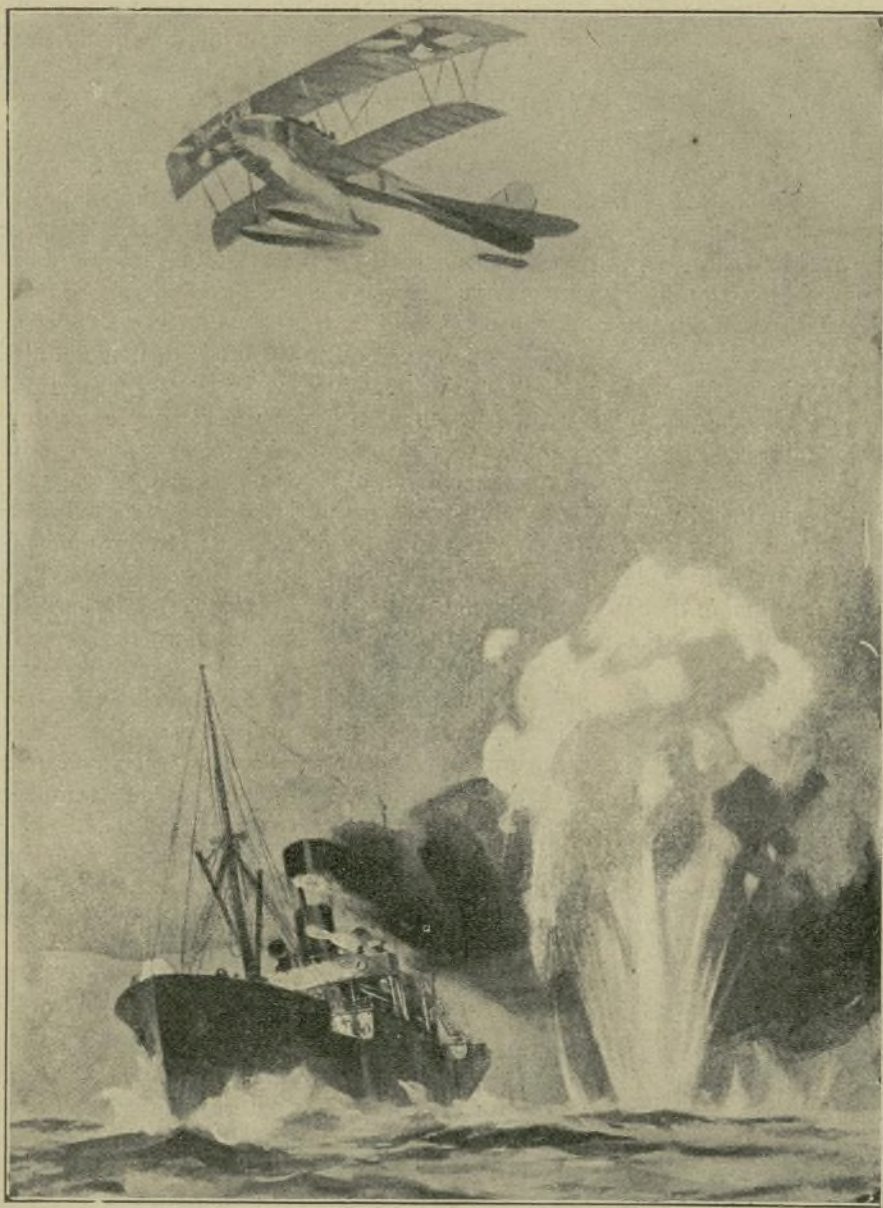


Los primeros meses de la guerra fueron de prueba para Austria. El peligro ruso se dejó sentir en toda su intensidad, cabalmente en ocasión en que era muy pequeña la ayuda que podía recibirse de Alemania; no dejó de agitar los espíritus el recelo de que la aliada se preocupaba más de sus asuntos que de apoyar a Austria. Pero estos temores duraron poco, y la alianza ha arraigado en el corazón de todos los súbditos de la doble monarquía, porque han visto que la lealtad austriaca ha sido plenamente correspondida por la lealtad alemana. Ha vuelto

nas han encarecido las subsistencias, no faltan los artículos de primera necesidad para la industria, y el trabajo continúa casi en los mismos términos que antes de estallar el conflicto.

Con todo, las clases ilustradas ven asomar un peligro que se hará patente el día de la paz. Hungría ha sido la que ha soportado principalmente el peso de la guerra contra Rusia; los regimientos húngaros se han distinguido extraordinariamente, pero por esto mismo son los que han pagado mayor tributo a la muerte, y los que menos han tenido la fortuna de

luchar mezclados con los alemanes. Cuando pase la tempestad, Hungría querrá obtener el merecido premio de estas pruebas de vitalidad, y pedirá compartir con Austria la dirección y la intervención en la política internacional; no es que pretenda apartarse de su hermana, porque ello equivaldría a correr a una muerte segura más o menos pronto, pero sí equipararse con ella en todos los derechos y responsabilidades. Se planteará de nuevo el problema de la monarquía esencialmente húngara, bajo un emperador común, y es de esperar que una misma persona tropiece con dificultades para ceñir las dos coronas de rey de Hungría y emperador de Austria. Por otra parte, la atracción que Alemania ejerce sobre las provincias germanas de Austria aumenta cada día y con motivo de esta guerra se ha agigantado; y como las tales provincias no se encuentran aun en estado de constituirse en reinos, ducados o territorios que dentro de una amplia autonomía sirvan de base a una nueva confederación del S. de Alemania, va a venir una era de agitación y de malestar, a la que



Un biplano alemán lanzando bombas contra un crucero británico, en el mar del Norte

la tranquilidad a las conciencias, y con ella la seguridad de obtener la victoria. Si es verdad que el amor propio nacional padeció con la retirada de Serbia, se impuso el buen sentido y todos han acabado por comprender que la decisión de la guerra se encuentra en otra parte, y que destruido el poder militar de Serbia no hay motivo para inquietarse ni tomar en cuenta lo que haga esta pequeña nación. Las miradas se dirigen a otro lado, hacia el enemigo secular, los rusos.

Por su situación geográfica, y su menor densidad de población, Austria ha padecido menos que Alemania, en el aspecto económico, por la guerra; ape-

sólo puede poner término otra guerra. La de 1866 dió a Prusia la hegemonía alemana, arrebatándola a Austria; otra campaña es necesaria para fijar definitivamente el porvenir de los pueblos austriacos.

Este es uno de los motivos que tiene Alemania para desear que la guerra se prolongue hasta el total aplastamiento de Rusia y Francia; si se realiza este deseo, no habrá ya quien pueda intervenir y entrometerse en los negocios interiores de los países del centro de Europa, víctimas durante siglos de la política y de las ambiciones francesas.

Es necesario también para que llegue a ser definitivo y estable el equilibrio del Imperio austro-



húngaro, que Italia cese de ser un peligro y un estorbo: mientras fueron los austriacos y húngaros quienes lucharon durante siglos contra los dos pueblos del oriente, a última hora los italianos tratan de arrancarles el premio de sus esfuerzos, extendiéndose por las costas orientales del Adriático y empeñándose en no detener su expansión hasta más allá de la Dalmacia. Como secuela de esta guerra, otra habrá de plantearse en un porvenir no remoto contra Italia.

Es, por consiguiente, cuestión de vida o muerte para Austria el obtener la victoria; va envuelta en ello su existencia, y esto le da una fuerza superior a la de Francia e Inglaterra e inferior solamente a la de Alemania.

No se detienen ahí las ilusiones de los austriacos: resueltos a poner un freno a la expansión de Rusia hacia el S. y el occidente, sueñan con extenderse hasta el Egeo y el mar Negro, para someter los países balkánicos al Imperio, aunque sin desposeerles de su propia personalidad y de su gobierno interior. Austria representa en esta guerra el verdadero factor de la lucha de nacionalidades y de razas, y su actuación es la que da caracteres más graves y decisivos a las consecuencias que han de sobrevenir para el oriente de Europa y el equilibrio del Mediterráneo oriental.

De esta suerte, mientras Alemania representa la nueva fuerza que quiere abrirse camino hacia occidente y entronizar en sus manos la dirección de la cultura occidental, Austria es un poder esencialmente oriental, en el que se resumen y sintetizan los movimientos de reacción contra las invasiones y la influencia asiáticas, demasiado olvidados por el resto de Europa. Por este mismo motivo, y como consecuencia de los sedimentos de corrupción y falta de disciplina que ha dejado el contacto y la mezcla con las civilizaciones de oriente, Austria carece de aquella unidad indispensable para llevar a feliz término una empresa de tantos vuelos, y tan importante que hasta que se haya consumado no habrá alcanzado Europa su completo estado de equilibrio. Es indispensable que se haga una selección, por fuerza violenta, para que los mejores y los más aptos prevalezcan sobre los demás; es preciso que la organización social se haga más férrea. Está muy lejos Austria-Hungría de hallarse en este caso, de donde resulta que sus me-

dios no corresponden a su misión histórica, y como ésta no puede renunciarse, la crisis interior ha de estallar un día u otro. No pudiendo resolverla de momento, todos los esfuerzos de los elementos directores se enderezan a aplazarla, a retardarla, y no hay otro camino que el de una victoria completa, que anulando a los rivales permita al país propio llevar a cabo sin prisas ni intromisiones extrañas su evolución.

Como resumen, podemos establecer que el im-



El vicealmirante Souchon, comandante en jefe de la escuadra turca

perio austro-húngaro no es aquel país expirante y sin energías que se complace en pintar una parte de la prensa, sino que está lleno de vida y energía; tiene un ideal y una convicción; está estimulado por el ejemplo de Alemania, y no lucha por objetivos de orden negativo—como Francia, arrojar al invasor, o Inglaterra, reconquistar la supremacía comercial perdida por sus propias culpas—sino por otros positivos, que se sintetizan en la defensa de su propia existencia y en el afianzamiento de su porvenir. Tal vez nunca se había encontrado Austria en la ventajosa situación de ahora: perfecta unidad en su interior y resolución unánime de llegar felizmente al fin de la contienda; las causas de debilidad interior se presentarán después.



## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### El misterio

(El señor A).—Parece que viene V. preocupado, señor Escápula.

—Así es; hay una porción de hechos que no he llegado a entender, y deseo que Vds. los esclarezcan.

(El señor B).—De seguro que habrá gato encerrado en sus preguntas.

—No lo creo; es, sencillamente, que como apenas leo la prensa aliada, no me entero de muchas cosas. Vds. me sacarán de dudas.

(El señor A).—Cuenta V. con ello, si para el caso basta con recordar lo que dicen los periódicos franceses...

(El señor B).—... e ingleses.

—En primer lugar ¿cómo es que siempre que avanzan los alemanes les preceden las nubes de gases asfixiantes, y cuando retroceden o son rechazados no emplean tales expedientes? ¿Acaso se gozan en prescindir del medio único que les proporciona sus triunfos y se complacen en recibir duras lecciones?

(El señor A).—Muy sencillo; cuando emplean los gases asfixiantes, pueden avanzar, y cuando no recurren a ellos, no.

—No deja de ser una explicación, pero no es eso lo que pregunto, sino otra cosa: ¿porqué no recurren siempre a las gases asfixiantes, o porque atacan cuando no los tienen a mano? ¿Es que han perdido el juicio?

(El señor A).—No se me había ocurrido; sin embargo, alguna explicación debe de haber.

—Dejemos este misterio. Dígame V., señor B., ¿en qué consiste que el almirante británico cayó enfermo después del desastre del 18 de marzo en los Dardanelos, y como es que perdió la salud el general francés cuando fracasó el desembarco de sus tropas en la punta asiática?

(El señor B).—¿Qué tengo yo que ver con la salud de los demás? ¿No se pueden poner enfermos los generales y almirantes?

—Es cierto; pero ¿porqué reina mal tiempo en el Egeo y en los Dardanelos cada vez que los aliados están a punto de conseguir una brillante victoria?

(El señor B).—No me pregunte V. cosas que no dependen de la voluntad humana.

—Discrepo de V. Yo creo que dependen de una voluntad perfectamente humana: de la de los turcos. Sigamos. ¿Cómo me explica V. que los rusos estén ganando batallas, asombro de la historia según sus modestas frases, en el Cáucaso, siempre en la región de Olty, sin acabar de llegar nunca a esta población?

(El señor B.).—Porque los turcos envían refuerzos, que son sucesivamente deshechos.

—No se me había ocurrido; yo había sospechado que era para imitar la estrategia francesa: avanzamos en Beau Sejour, progresamos en Le Mesnil hace la friolera de seis meses. Y los rusos están cerca de Olty desde diciembre...

(El señor B).—¿Negará V. las victorias de los rusos?

—Como las voy a negar si son evidentes; lo único que me escama es que sólo sale el Cáucaso cuando hay carreras en otra parte.

(El señor B).—¿Carreras? ¿Qué quiere V. decir?

—No se alarme V.: me refiero a las carreras de los alemanes y austriacos ..

(El señor B).—¡Vaya, por fin me da V. la razón!

—Sí, carreras de los alemanes de O. a E., consecuencia de la ofensiva rusa en Galizia en dirección a Moskú. A propósito de Galizia: ¿porqué había de ser decisiva la batalla de los Cárpatos mientras los rusos atacaban, y no ha tenido importancia cuando las cañas se han vuelto lanzas?

(El señor B).—Porque si los rusos hubiesen forzado la cordillera, habrían entrado en Hungría, y como el avance alemán no les ha arrojado de su territorio...

—¡Comprendido! Si ganamos, nuestra victoria es decisiva, si perdemos, ha fracasado el enemigo, porque no ha podido arrojarnos a los Urales. Es la lógica francesa, que Pau llevó a Rusia. No hablemos más del asunto. ¿En qué consiste, señor A., que en el *Lusitania* no viajaba ningún inglés ni ningún francés, y que siempre son los neutrales los que pagan los platos rotos en el bloqueo marítimo de Inglaterra?

(El señor A).—Una casualidad como otra cualquiera.

—Admitámosla; pero ¿porqué cuando los rusos retroceden, los aliados avanzan tres o cuatro metros; y cuando los alemanes ganan varios kilómetros en el oeste, son los rusos quienes se apuntan los éxitos? ¿No sería mejor que todos avanzaran a la vez?

(El señor A).—La comunicación telegráfica con Rusia no funciona bien y es difícil coordinar los esfuerzos en los dos frentes.

—Argumento sutil y admirable; me persuado de que se le ha pegado la lógica aliada. ¿En qué consiste que los franceses e ingleses no cesan de anunciar el comienzo de las operaciones decisivas, y nunca las emprenden? ¿Tal vez hace demasiado calor?

(El señor A).—¡Vaya, don Subrio, no me venga V. con bromas! Y los alemanes ¿qué anuncian?

—Los taimados sólo dan cuenta de los prisioneros que hacen; y lo peor es que no les desmienten los aliados, porque como los llevan a los campamentos de concentración y los exponen a la curiosidad de los neutrales, todos los pueden ver. Más no se disguste V., y doblemos la hoja. ¿Qué hace la escuadra inglesa, reina del mar no británico, por supuesto, metida en sus puertos militares, sin aceptar el reto de la enemiga?

(El señor B).—No ha llegado aun el momento de derrotar a la alemana.

—¿Podría V. decirme si falta mucho? ¿También ha de coordinar sus ataques con los del ejército de Kitchener?

(El señor B).—A mi juicio, sí, señor.

—Entonces, que licencien a las tripulaciones y apaguen los hogares de las calderas; hay para rato. Vaya otra pregunta: ¿quiénes son los defensores de la libertad, de la cultura, de la civilización y de la justicia?

(El señor A).—¿Quiénes han de ser? ¡Los aliados!

—O sea los moros, los argelinos, los negros, los indios, los senegaleses, los siberianos, los indo-chinos, los japoneses, los nuevos-zelandeses, los... ¿Han desaparecido ya los horrores de Siberia, la tiranía del Gobierno ruso, de que tanto nos hablaban hasta el mes de julio los ingleses y franceses, el hambre y



la opresión en Irlanda y la persecución religiosa en Francia?

(El señor A).—¡Qué duda cabe! Los tres grandes aliados están dando un hermoso ejemplo de amor a la justicia, al derecho y al respeto de todas las libertades.

—Como por ejemplo el saqueo de los establecimientos y tiendas de los súbditos alemanes en Inglaterra y el Canadá.

(El señor B).—¿Qué menos podía hacer el populacho que vengar así la catástrofe del *Lusitania*.

—Es claro, como que es muy natural y está dentro del derecho y de los sentimientos humanitarios, el condenar a perecer de hambre a setenta millones de alemanes, que es lo que se proponía y se jactaba de conseguir Inglaterra. ¿Porque lo que hacen los unos es un acto de barbarie y lo que hacen los otros no?

(El señor A).—Cada cual ha de defender sus propios intereses y no los ajenos.

—Que es cabalmente lo que hacen todos. Sólo que algunos neutrales miran a unos beligerantes con cristales de un color y a los demás con otros prismas, mientras que para mirar dentro de casa se ponen lentes ahumados, más que eso, opacos. ¿Saben Vds. la explicación de este fenómeno?

(Los señores A. y B).—Quiere V. que le digamos que cuanto nos pregunta V. es un misterio, ¿no es verdad?

—No señor, para mí no lo es; la clave de todos estos enigmas está al alcance de cualquiera: se la diré a Vds. al oído...

SUBRIO ESCÁPULA.

## EL BOSQUE DEL CZAR

Detrás de Tomaszov acabamos de viajar horas enteras por un bosque, del que los oficiales dicen que es el bosque del Czar. Un largo camino, casi en línea recta, lo atraviesa. A los dos lados, se alinean los rectos pinos como soldados de la guardia imperial en Petersburgo. El bosque es casi impenetrable, y entre los árboles se amontona la nieve, pero no blanca y limpia como la que hoy ha caído, sino gris y sucia por llevar mucho tiempo allí. El bosque del Czar está cruzado por numerosos senderos, caminos y pasos, que se encuentran y dividen en todas direcciones, como en todos los grandes bosques. Reina un absoluto silencio, interrumpido solamente en los puntos más altos por el zumbido del viento al azotar los pinos. «Todo esto pertenece al Czar», dice un oficial. Todo efectivamente, lo mismo que las miserables chozas que hay delante del bosque, que los hombres y mujeres que en ellas habitan, que su pobreza, su hambre, sus rasgados ojos y caídas mejillas. «El bosque está severamente vigilado en tiempo de paz», añade el cochero. «Nadie puede recorrerlo».

Pero ahora encontramos gente en él, que busca leña. Leña que no hace falta cortar, porque las granadas la han arrancado de las copas de los árboles. Los rusos hicieron grandes esfuerzos para sostenerse en este bosque, parapetándose en la espesura, ocultándose detrás de los troncos y disparando desde las ramas altas. El bosque fué testigo de escenas trágicas.

Cada tronco equivalía a un enemigo, cada copa a una ametralladora, y con las ramas caídas se formaron barricadas para detener el impetuoso avance de nuestros soldados.

Las latas de conserva arrojaban su brillo metálico entre la espesura, y, como mil variadas florecillas, los restos de los estuches de cigarros, rojos, azules, amarillos, salpicaban el suelo. Nosotros seguimos viajando; el camino parecía interminable. Pero sobre la monotonía del paisaje ha puesto sus manos la guerra. En los claros se ven arcones y carros de municiones rusos, medio destruidos, que los rayos del sol acarician amistosamente. Se percibe la impresión de la guerra hasta en el rincón más apartado del bosque. Cañones y hombres, no han respetado nada.

Como el enfermo necesita la medicina, han de menester estos árboles los cuidados de la inspección forestal, una vez termine la guerra. Las señales altimétricas y planimétricas están destruidas. Es de notar que por el suelo se ven pedazos de tarjetas postales, en varias de las cuales han escrito los soldados: Recuerdo del bosque del Czar.

El general que ejerce el mando en aquel sector, habita en una casita de tejado puntiagudo, semejante a las que, según las consejas, ocupaban las hadas y brujas del bosque. A unos doscientos pasos de ella, y en un lugar algo dominante, se emplazaron nuestras baterías. El general me explicó el terrible efecto de nuestros disparos, especialmente el de los nuevos cañones, que el día antes habían reducido a polvo una aldea distante doce kilómetros. Mientras me contaba esto, tomaba yo el café y el coñac. De pronto entró el ayudante del general, un teniente de husares, en traje de marcha, se cuadró ante el general y le dijo: «Señor general, tengo el honor de anunciarle que me incorporo a mi escuadrón.» El general se puso en pie, le dió la mano, y exclamó: «¡Dios le proteja!» Por un momento desaparecieron los cañones, las punterías, las alzas y toda la maquinaria de la guerra; dos hombres, el uno frente al otro, acaso se miraban por última vez. Fué una despedida sencilla, pero que recordaré siempre. Enseguida, se presentó el nuevo ayudante, un segundo teniente. Sin perder tiempo, el joven husar montó a caballo y penetró en el bosque; le seguían su asistente, que conducía de una cuerda a un perro blanco, y el ordenanza. El perro no quería seguir y hacía esfuerzos impotentes para quedarse atrás, sin duda aterrado por el espectáculo que se divisaba. Sobre la altura, tronaban los cañones, arrojando las granadas que iban a sembrar la muerte en las filas enemigas, y hacia ella se encaminaban lentamente los tres husares porque el perro se resistía más cada vez. Cuando le perdimos de vista, estaba negro hasta las orejas, de fango y cieno.

El cochero está frenético como un diablo. «¿Por qué vamos tan deprisa?» le pregunté. «El bosque suele estar muy vigilado. Nadie puede pasar por él. Es ésta la primera vez que lo atravieso», responde, y hace restallar el látigo. El chasquido resuena altivamente en el bosque, los caballos apresuran el galope, y pisan con sus cascos la tierra del Czar.

SIEGFRIED GEYER.





Coro de prisioneros franceses en el campamento de Zossen (Alemania)



Consecuencias de la guerra en Alemania: una nueva ocupación de las mujeres, en reemplazo de los hombres que han marchado al campo de batalla





Una sección de ametralladoras alemanas, colocándose en posición de ataque



Prisioneros rusos cargando patatas de la nueva cosecha, en Alemania



## REPRESALIAS ALEMANAS

Se han cumplido las represalias que anunció el Gobierno alemán al saber que el británico iba a someter a un trato riguroso—el de los delincuentes comunes—a los tripulantes de los submarinos apresados por los ingleses.

39 oficiales prisioneros en Alemania—tantos como marineros alemanes pertenecientes a dotaciones de submarinos fueron aprehendidos—han sido arrestados y tratados como tales. 13 en Magdeburg, 9 en Burg, 1 en Torgau, 13 en Colonia, 1 en Frankfurt-am-Oder, 2 en Rastatt.

La elección de los oficiales objeto de las represalias no ha sido caprichosa, sino que se han elegido pertenecientes a los mejores regimientos y a familias distinguidas.

Entre ellos figuran el capitán Robin Grey, pariente del Ministro británico de Negocios Extranjeros; el capitán John Spencer Coke, cuñado de lord Leicester; el teniente de Saltoun, hijo primogénito y heredero de lord Saltoun; el teniente Goschen, hijo

del último embajador de Inglaterra en Berlín; el teniente Ivan Josslyn Lumley, hijo del conde de Erroll; el teniente David Walter Hunter-Blair, sobrino del abad del Monasterio de benedictinos de Fort Augustus; el teniente Rupert Oswald Derek Keppel, hijo del conde de Albemarle; el teniente lord Garlies, hijo y heredero del conde de Galloway; el teniente Ronald Hugh Fitz-Roy, pariente del duque de Grafton; el teniente George Roderick Bunting Bingham, hijo de lord Clanmorris; el capitán Berkeley Gerald Hylton Jolliffe, nieto del primer lord Hylton y primo del actual Par. Casi todos los 39 oficiales pertenecían a los cuerpos de la Guardia: escocesa, dragones, coldstream, granaderos, y a varios regimientos de caballería.

La medida ha tenido efecto inmediato, porque el Gobierno británico se ha apresurado a declarar que los tripulantes de los submarinos alemanes están sujetos a un trato muy humanitario, y desea que los representantes de los países neutrales se cercioren personalmente de ello.

## CRÓNICA MILITAR

I. Verdadero carácter de estas crónicas.—II.—Sobre la desorientación producida por el número de prisioneros hechos por los beligerantes.—III. Las operaciones en los Dardanelos.—IV. Las operaciones en el frente occidental.—V. Las operaciones en el teatro oriental.—VI. La situación el 22 de mayo

### I.—Verdadero carácter de estas crónicas

Desde el primer día he procurado dar a estas *Crónicas* un carácter práctico que permitiera orientar fácilmente al lector desprovisto de conocimientos técnicos, y le sirviera para formar juicio exacto de la marcha de la guerra.

De la misma manera que he rehuido sistemáticamente el hacer hincapié en los cuadros de organización de los ejércitos beligerantes, que se encuentran en todas partes pero que no dicen nada, me he abstenido de empequeñecer los grandes acontecimientos que se desarrollan en los diferentes teatros, reduciéndolos a citas de pueblos conquistados por unos y por otros y a la expresión metódica y detallada de los avances y retrocesos de los ejércitos. Sin negar importancia a la toma de pueblos, posiciones y accidentes topográficos, su interés es nulo si se le compara con el de las grandes evoluciones y maniobras de que han sido testigos los campos de Bélgica, Francia, Galizia y Rusia. Puede uno de los ejércitos perder varios poblados y retroceder algunos kilómetros, y sin embargo desenvolverse la campaña ventajosamente para él; la atención no debe apartarse de los puntos decisivos y de los hechos culminantes, quedando los otros para cuando se escriba la historia de la guerra.

Si yo diera en estas *crónicas* una especie de diario de operaciones, con la enumeración minuciosa de los éxitos y de los descalabros insignificantes de los dos bandos, contribuiría a llevar el desconcierto y la desorientación al lector, y tendría que adicionar el relato con profusas explicaciones para hacer ver cuáles eran los sucesos importantes y cuáles carecían

de significación. En otro concepto, la vaguedad de los partes oficiales y lo poco preciso de sus conclusiones, serían causa de omisiones y errores continuos.

Lo que importa es apreciar en sus líneas generales la marcha de la guerra, y estudiar las consecuencias que se derivan de las principales operaciones y batallas; esto es lo que hago, deduciendo al mismo tiempo aquellas enseñanzas de orden general y al alcance del profano que más conviene tener en cuenta. Con este método, tengo la esperanza de que el lector acaso se quede sin saber muchos detalles de alcance puramente episódico, pero en compensación habrá aprendido a ejercitar su juicio propio, para rechazar las afirmaciones tendenciosas, vengan de donde vengan, y admitir aquellas otras de suma trascendencia que a menudo aparecen veladas y difumadas en la balumba de noticias anodinas. Al mismo tiempo, se habrá persuadido quien me lee de que los ejércitos no son meras muchedumbres de hombres armados, y de que la parte externa y material de los mismos, que es la que se suele tomar como término de comparación y base para hacer pronósticos, es la que menos influye en la victoria.

Sólo aprendiendo a conocer lo que es el ejército podremos amarlo y contribuiremos conscientemente a engrandecerlo, para el mayor esplendor y prosperidad de la patria.

### II.—Sobre la desorientación producida por el número de prisioneros hechos por los beligerantes

Generalmente, la importancia de una victoria se mide por el terreno conquistado o por el número de



prisioneros hecho al enemigo; ambas consecuencias del triunfo suelen guardar estrecha relación, porque cuanto más deprisa retrocede el vencido, tanto más se acentúa su desorganización y mayor número de hombres deja en manos de su adversario.

Puede decirse que no hay ataque de trinchera, fortín, bosque o pueblo, en el frente occidental, por escasas que sean su importancia y las fuerzas empeñadas, en que los dos bandos no pierdan algunos prisioneros: el que gana terreno, porque al avanzar sus tropas se disgregan y algunas fracciones van demasiado lejos; el que lo abandona, porque no tiene tiempo para evacuar por completo las posiciones perdidas. De suerte, que la guerra de trincheras en Francia da ocasión para que los dos beligerantes hagan a diario algunos prisioneros; su número depende también del espíritu de los soldados, pues mientras en unos casos éstos se entregan casi sin resistencia, en otros se defienden hasta agotar sus energías. Según esto, apreciar la importancia de los pequeños éxitos locales por la abundancia de prisioneros, daría lugar a un juicio equivocado. Uno de los ejércitos puede conquistar dos líneas de trincheras o un pequeño sector de la posición enemiga, es decir, lograr un triunfo local, y perder un poco más a vanguardia, en el punto donde su avance haya sido finalmente contenido, fracciones más o menos grandes del destacamento victorioso. Unas veces, el avance es rápido y pocos los prisioneros, porque el que se repliega lo hace antes de que esté consumada su derrota; y otras veces la pérdida de un pedazo insignificante de terreno lleva aparejada la de uno o varios millares de hombres, capturados por el adversario.

Pero hay que desconfiar de las noticias, aunque sean oficiales, relativas al botín en prisioneros, cuando no haya una comprobación fehaciente, aunque indirecta, de las mismas.

Así, por ejemplo, en los combates indecisos que durante siete meses se han librado en los Cárpatos, los rusos y los austriacos se han apuntado a su favor casi a diario, varios millares de prisioneros; de ser cierto, tanto los invasores como los invadidos estarían a estas horas destruidos totalmente. No debe atribuirse la evidente exageración de las noticias al deseo de falsear la verdad por parte de los cuarteles generales, que son los primeros en lamentar ampulósidades que más dañan que favorecen. La explicación es otra. Las bajas propias y el botín alcanzado, se conocen por los partes de los comandantes de las unidades y columnas que han intervenido en la batalla, y como los informes de una misma refriega y de un mismo sector, llegan al cuartel general por varios conductos diferentes, porque cada jefe resume a su vez las comunicaciones de sus subordinados y envía otra al inmediato superior, es fácil en los primeros momentos que siguen a la acción sumar como partidas independientes y distintas las que habían sido ya resumidas en otras. La importancia material de la victoria suele tardar algunos días en ser plenamente conocida, salvo el caso de una rendición o capitulación en masa. Las inexactitudes involuntarias suelen ser mayores si los frentes de batalla son extensos y muy irregular la línea.

Los ingleses y los alemanes son quienes, hasta ahora, han puesto más escurpulosidad en dar cifras

de bajas y prisioneros, siempre exactas. Hay casos en que no es menester fiar en la veracidad acreditada de los partes oficiales para comprender que es exacto el número de prisioneros. Tal ocurrió con las campañas de Polonia y Prusia Oriental, cuyos resultados fueron tan grandes, que no se concebía su obtención sino a costa de espantosas bajas, en prisioneros, por parte del vencido; no retrocede un ejército derrotado docenas y docenas de kilómetros, con una rapidez equivalente a la de una marcha forzada, sin dejar en poder del enemigo enormes girones de sus fuerzas. Recientemente, el simple anuncio de la ruptura del frente ruso en el Dunajec, hizo presagiar que 150.000 moscovitas, por lo menos, caerían en manos de los alemanes, dada la situación del ejército ruso, internado en las montañas, atacado de frente, amenazado por un flanco y envuelto por el otro; si algo ha de extrañar, es que no haya sido mayor la pérdida en prisioneros. En cambio, no pueden aceptarse de plano las cifras dadas por los rusos y austriacos como resultado del avance de los primeros en el Dniester, éxito efímero y sin trascendencia moral y material de ninguna clase.

Algo de esto mismo es aplicable al teatro occidental. Bien cotejados los partes franceses relativos a la batalla de Carency, se observa una gran confusión y algunas contradicciones en el botín de guerra obtenido a expensas de los alemanes.

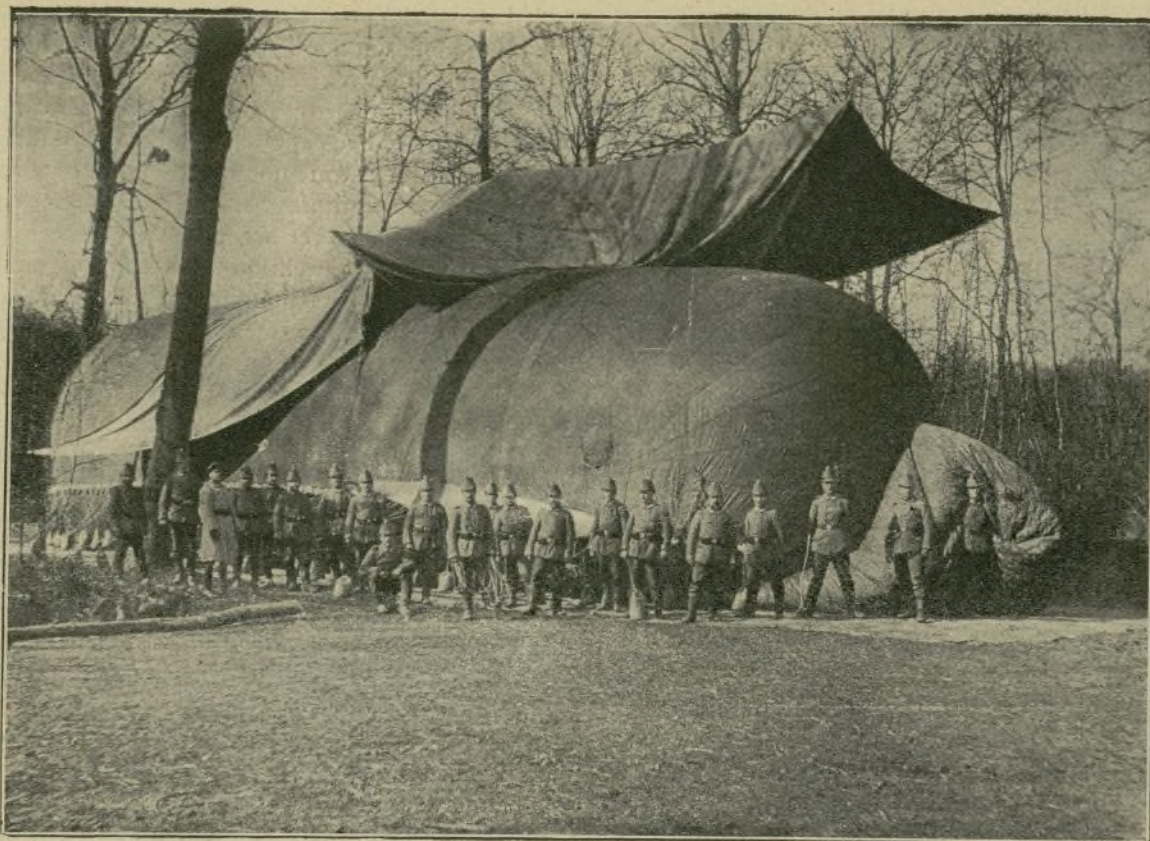
Por estas razones, he sido y soy muy parco en admitir las capturas de prisioneros y material de guerra que tan frecuentemente circulan en la prensa. Las que figuran en mis *crónicas* son casi exactas, y si de algo pecan es de deficientes. En lo que atañe a las ganadas por los alemanes, los campamentos de prisioneros, visitados por representantes diplomáticos y por muchas personas de países neutrales, las comprueban sin lugar a dudas y sin que sus adversarios hayan opuesto nunca una negativa sólida y formal.

### III.—Las operaciones en los Dardanelos

Trascurren las semanas sin que las operaciones emprendidas por los aliados en los Dardanelos lleven camino de resolverse pronto.

El desembarco, y subsiguiente invasión, en una costa enemiga muy alejada del país propio, es una de las empresas más difíciles que puede acometer un ejército, cuando el defensor está medianamente organizado y cuenta con buen material de guerra. La célebre expedición de Bonaparte a Egipto, comenzada con tanta brillantez como desastroso fué su resultado, no tiene paridad con la intentada ahora por los aliados. Tampoco cabe admitir como antecedente la campaña de Crimea, incomprensible para el que desconozca el estado del imperio ruso hace sesenta años y lo rudimentario de su ejército; y menos aun pueden invocarse las enseñanzas de las expediciones a China, Indo China y Tonkin. La guerra ruso-japonesa demostró las inmensas dificultades con que tropieza un ejército invasor que se traslada al otro lado del mar para caer sobre su enemigo, aunque las rutas marítimas estén aseguradas por la superioridad de la escuadra propia; aun, en aquel caso, los dos adversarios se encontraban en igualdad de condiciones, porque los rusos sólo tenían a su alcance la vía férrea transiberiana para transportar tropas y





Inflación de un globo cometa alemán

material al Extremo Oriente; y así que la Corea fué invadida y encerrada en Port Arthur la escuadra rusa, o sea desde el mes de mayo de 1904, la situación de los japoneses fué mejor que la de sus adversarios.

La condición preliminar que se necesita para una operación de esta índole, la poseen sin restricció-

nes los aliados: tienen el completo dominio del mar; y mediante la ocupación de Lemnos y Tenedos, la soberanía sobre Egipto y Chipre y la seguridad en los caminos del Mediterráneo, han podido efectuar sin estorbos ni contrariedades los preparativos adecuados y reunir junto a los puntos de desembarco los ejércitos expedicionarios. La inmensa superioridad



Batería de cañones simulados con troncos de árboles, instalada por los austriacos en los Cárpatos, para despistar al enemigo



artillera de las flotas sobre el ejército turco, les permite desembarcar en cualquier punto que no esté fortificado, y mantenerse en él por vigorosos que sean los ataques del enemigo.

Los contratiempos comienzan cuando las tropas, al internarse en el territorio enemigo, pierden la protección de los cañones de las escuadras. El municionamiento, los abastecimientos de todas clases, la evacuación de heridos y enfermos, la llegada de refuerzos, no pueden hacerse jamás como en un teatro terrestre, porque las comunicaciones por mar no son nunca tan seguras, tan permanentes, fáciles y rápidas, como las de tierra. Se necesita, por consiguiente, organizar ante todo una buena base de operaciones en el litoral enemigo, abundantemente provista, y establecer sucesivamente otras secundarias. Es de suponer que esta es la primera labor que han realizado los ingleses en la punta europea de los Dardanelos; pero como casi todos los elementos de guerra han de llevarse desde Francia e Inglaterra, incluso los aparcados en Argelia, Túnez y Egipto, se comprende el intenso tráfico marítimo que ello requiere, el número de barcos de guerra empleados en la protección de los caminos marítimos, y la extraordinaria previsión que ha de desplegarse para que la menor falta o el más insignificante descuido no malogren una operación; los ejércitos que combaten en Francia reciben a las pocas horas los efectos y material que piden, mientras que el transporte de los mismos a los Dardanelos exige días y a veces semanas.

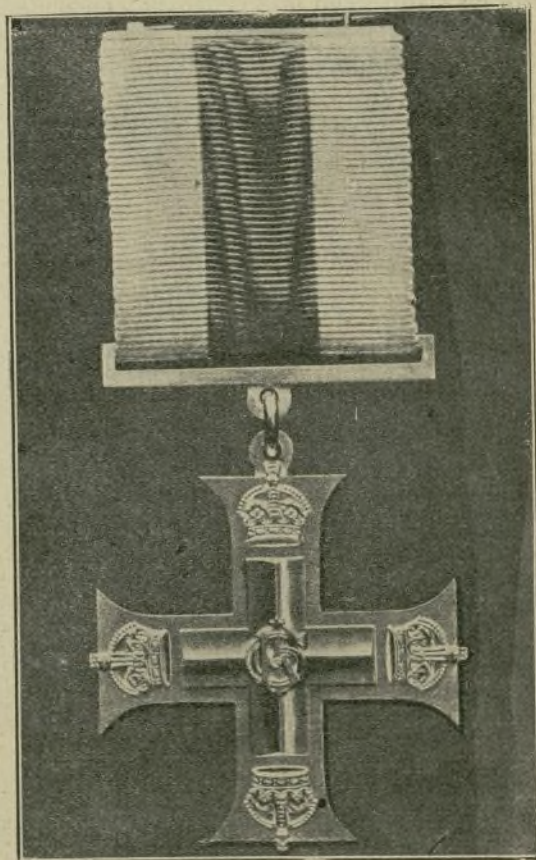
Estas y otras muchas dificultades no han quedado ciertamente inadvertidas en Inglaterra y Francia, que son las dos naciones, entre todas las del mundo, que más experiencia y práctica poseen en expediciones lejanas. Si alguien se encuentra en estado de llevar a feliz término la conquista de Constantinopla, son los anglo-franceses. No obstante, las cosas no se desenvuelven a su gusto. Los hechos están demostrando que ha habido imprevisión.

El desastre del 18 de marzo se debió a un exceso de arrogancia: sin conocer la situación y fuerza de las defensas turcas, la flota aliada se metió en el estrecho, persuadida de que sus poderosos cañones arrasaban los anticuados fuertes que lo guardaban. El error costó caro al atacante, y debió darle a comprender que el ejército turco, guiado y aconsejado por jefes alemanes, no era tan despreciable como había supuesto. Descartada la posibilidad de abrirse paso por el mar, había de optarse necesariamente por el avance por tierra. La zona elegida para desembarcar era la que exigía un recorrido más largo, pero, en compensación, daba mayores seguridades y no se prestaba, por la estrechez y orografía de la península de Gallipoli, a que los turcos concentraran en ella la masa principal de sus fuerzas; no pudiendo disponer los aliados de tropas en número ilimitado, esta ventaja era de consideración. Sin embargo, parecía natural que no se dejase a los turcos en libertad de movimientos, que se les amenazase en otros puntos, que se efectuasen pequeños desembarcos, demostraciones y ataques en las costas del Asia Menor, que cobrasen actividad las operaciones en el golfo Pérsico, en una palabra, que se intentase dividir al defensor, llamando su atención en varias zonas a la vez; nada de esto se ha hecho.

La campaña contra Turquía se está llevando de un modo harto elemental, y los tres meses y medio que han corrido desde que los cañones de los aliados tronaron por primera vez en la boca de los Dardanelos, han sido tan poco provechosos en resultados favorables en el frente terrestre occidental como en el oriente de Europa. Positivamente, los aliados están desarrollando esta última campaña con vacilación y timidez, influye demasiado en ella el miedo a un segundo fracaso, y no es este el mejor principio en que ha de basarse una afortunada ofensiva.

El reembarco de los franceses—que tomaron tierra en la punta asiática—después de haber sido derrotados dos veces y estrechados por los turcos, acredita la buena situación de las tropas de éstos y pone de manifiesto la imprudencia de aquellos, que lanzaron a un cuerpo de 30.000 hombres en una comarca mal batida por los fuegos de la escuadra. La resonancia moral de este fracaso no necesita encarecerse. Más afortunados los ingleses—40.000 hombres—, les fué relativamente fácil sostenerse en la punta europea, barrida desde el E. y el O. por la artillería naval, pero sus tentativas de avance fueron rechazadas, hasta que el cuerpo expedicionario francés tomó a su lado; consiguieron entonces adelantar un poco, y están batiéndose ante las alturas al S. de Krithia.

Los australianos, en el O., se limitan a defenderse en la pequeña zona que ocuparon al desembarcar.



La cruz inglesa al valor; tiene cierto parecido con la cruz de hierro alemana

Uno de los hechos más salientes fué la llegada al mar de Mármara de dos submarinos británicos, que navegaron sumergidos a lo largo del estrecho; en aquel mar, echaron a pique dos transportes turcos, pero fueron finalmente capturados, y apresadas sus tripulaciones. Puesto que no atacaron a ningún bar-



co de guerra turco, es de creer que la flota otomana se encuentra en el Bósforo, lo cual da a comprender que, por ahora, no cree el defensor que corran peligro los fuertes del estrecho ni que la escuadra aliada sea capaz de forzar el paso; de todos modos, es una medida plausible la de tener anclada la flota en donde no corre peligro, reservando su acción para cuando las circunstancias lo aconsejen.

Casi paralizadas las operaciones en el Cáucaso, mientras no intervengan en la guerra los pueblos balcánicos, el ejército turco no se verá obligado a hacer frente a nuevos enemigos, y podría sostenerse en los Dardanelos mucho tiempo. La entrada en línea de Rumanía, privando a los musulmanes del material de guerra y municiones que llegan de Alemania, cambiaría al punto la situación a favor de los aliados. Si la paz no se altera en los Balkanes, la campaña en los Dardanelos promete ser muy larga, y quizás reserve nuevas sorpresas a los invasores.

#### IV.—Las operaciones en el frente occidental

Poco han tardado en confirmarse los juicios que en la *Crónica* anterior emití acerca de la situación y debilidad de las reservas alemanas en el frente Roye-Ipres; confirmada ha sido también por los hechos la inexactitud de que la ofensiva británica al N. de La Bassée hubo de interrumpirse por falta de proyectiles, toda vez que a las veinticuatro horas se renovaban los ataques con más violencia y tenacidad.

El avance de los franceses al N. O. de Arras ha quedado contenido junto a las primeras posiciones que ocuparon, fruto de los enérgicos cañoneo y ataques iniciales; no se han interrumpido los combates, pero sin resultado. El vigor desplegado en los asaltos por los franceses y la reunión de 150.000 hombres en un frente de 30 kilómetros, pusieron a los alemanes en el caso de llamar a toda prisa a las reservas; y como no era prudente dejar desguarnecidos Douay y Lille, hubo necesidad de recurrir a las tropas que luchaban en Ipres. Con la intervención de los nuevos contingentes, se restableció el equilibrio en Arras, pero ya los ingleses acentuaban su presión al N. de La Bassée, y la situación llegó a ser tan crítica como en los días de la batalla de Carency.

Rechazado el primer ejército británico, repitió el ataque, a la vez que los franceses empeñaban la lucha en el N. O. de Ipres, junto al canal. Como este es un buen obstáculo, susceptible de defenderse con pocas fuerzas, los alemanes evacuaron Lizerne y la cabeza de puente frente a Het-Sas, y se replegaron a la orilla E.; al S. de Ipres, los ingleses no pudieron ganar más que un pedazo insignificante de terreno junto a Festubert.

La línea alemana no ha sido rota; es indudable que el ofensor ha sufrido muchas más bajas que el defensor (los prisioneros hechos a los alemanes en las batallas de Ablain-Carency, no llegan a 2000 en vez de 5000, como dije); y el terreno conquistado por los aliados es menos de la quinta parte del que ganaron los alemanes al rededor de Ipres; pero aunque en conjunto los resultados materiales han favorecido más al invasor que a los aliados, se ha puesto de manifiesto—según dije—la debilidad de la línea alemana, al contrario de lo sucedido en las batallas de Champaña y altos del Mosa.

Fuertes columnas apostadas en Bélgica, y reservadas probablemente para el momento de la ofensiva general, han tenido que marchar al frente, con lo cual se ha perdido una probabilidad de poder asentar un contragolpe en otro sector. Es extraño que hayan transcurrido tantos meses antes de patentizarse la inmensa superioridad numérica de los aliados, pero al cabo se ha manifestado. Si en esta ocasión todavía los alemanes han logrado sostenerse, ¿sucederá lo mismo en el porvenir? La repetición de la ofensiva en grande escala, con fuertes masas, por parte de los aliados, depende del grado de quebranto en que hayan quedado, porque si sus pérdidas han sido tan considerables como afirman algunas noticias, después de varias batallas como la de Arras estarán inutilizados para la ofensiva y en malas condiciones para una defensiva eficaz.

Bien elegida estuvo, a mi juicio, la región de los altos del Mosa para la ofensiva francesa; no acontece lo mismo con la zona al N. de Arras. Es claro que la ruptura del frente alemán en cualquier punto de la línea Roye—Dixmude, repercutiría desde el mar del Norte a la selva de Argona y precipitaría la modificación del frente alemán, que habría de tomar una posición más a retaguardia; pero para lograr los resultados más ventajosos, en el menor tiempo y con el mínimo de bajas, debe elegirse el punto donde más fáciles sean las concentraciones y movimientos de tropas, aquél mejor unido con el interior del país y el más vital para el enemigo. Desde Soissons hacia el O. y N. O., la zona que cumple estos requisitos es la comprendida entre el Oise y el Somme, al S. de Arras, porque coge de revés o por la espalda la línea del Aisne y se dirige en derechura al corazón de Bélgica. De suponer es que los alemanes la tienen bien guarnecida y que la lucha sería ruda; mas si el éxito acompañaba a los franceses, sus pérdidas, por grandes que fueran, no llegarían a la suma de las que producen esos tanteos sucesivos en diversos puntos del frente, y las consecuencias tendrían enorme trascendencia.

Hasta el presente, las operaciones del ejército francés en el N. O. de Francia se han desenvuelto sin excepción en los parajes adyacentes al ocupado por el ejército británico. Este se extiende desde Neuve-Chapelle, cerca de La Bassée, a Ipres, guardando fuertemente los caminos de Dunquerque y Calais, puntos de capital importancia para la Gran Bretaña. En un frente de poco más de 35 kilómetros hay concentrados medio millón de soldados británicos, con los flancos guardados por otros ejércitos franceses, de suerte que el centro de gravedad de las fuerzas aliadas en el N. O. forma una cortina protectora de los puertos del canal de la Mancha. Esa masa de tropas empeñada más al S. es probable que hubiera impreso a la campaña un cariz más favorable a los aliados, pero Inglaterra lo supedita todo—y desde su punto de vista obra bien—a proteger sus costas, impidiendo que el enemigo llegue al estrecho de Dover. La iniciativa y el objetivo británicos prevalecen, según se deduce de los hechos, sobre la iniciativa y el objetivo exclusivamente militar, único decisivo, de los franceses, y éstos guerrean con un pie forzado que favorece no poco a los alemanes. Hay que repetir que esa falta de unidad y la diversidad de propósitos, son achaque casi ine-



vitale en las campañas en que toman parte ejércitos aliados que defienden intereses poco afines.

Las batallas de Carency y Festubert, pueden darse por terminadas. Acaso se repita con iguales o mayores bríos la ofensiva de los aliados, pero el primer impulso ha quedado roto y contenido el del ataque, y a los choques sangrientos en los que se empeñaban gruesas masas, han sucedido los combates de trinchera y los cañoneos intermitentes.

Las fuertes pérdidas padecidas por los aliados, y la llegada de refuerzos a las líneas alemanas, han producido este resultado. Los franceses han conquistado un pueblo, una aldea y parte de otros dos poblados, y han ocupado algunas trincheras; otra pequeña porción de éstas ha sido tomada por los ingleses cerca de Festubert. Al NO. de Ipres, también los alemanes se replegaron a la orilla E. del canal. En el concepto táctico, los aliados se han apuntado, pues, a su favor algunos pequeños éxitos, y los alemanes otros tantos correspondientes descalabros. Con todo, la situación estratégica no ha cambiado, y las modificaciones en el frente general de batalla son tan insignificantes como las registradas, en meses pasados, desde Soissons hasta el Mosela. De bastante mayor consideración es la ventaja ganada anteriormente por los alemanes al N. y E. de Ipres.

Considerado el resultado en su aspecto general y por las relaciones que guarda con el curso de la campaña, las batallas mencionadas representan otro nuevo desengaño que añadir a los muchos que desde octubre pesan sobre los aliados. No se reúnen cuatro cuerpos de ejército al NO. de Arras y tres cerca de La Bassée, para conquistar unos centenares de metros de terreno y permitir que el frente enemigo siga tan fuerte como antes, sino para romperlo y obligar al adversario a un retroceso general. Al alcance de cualquiera está que si para desalojar de Francia y parte de Bélgica a los invasores, se hubieran de ganar muchas victorias como la de Carency, antes de conseguir avanzar veinte kilómetros no quedaría un soldado francés en pie. Y lo mismo puede decirse de los alemanes, con relación a sus triunfos de Ipres. Si la decisión no viene de otro modo, y por caminos más rápidos y menos sangrientos, no concluirá la lucha en el frente occidental hasta que cualesquiera de los dos grupos beligerantes, tal vez los dos, estén agotados.

¿No hay manera, realmente, de alcanzar un éxito más decisivo? En otras ocasiones he expuesto mi opinión. Las batallas serían de resultados tangibles y la guerra marcharía resueltamente hacia su fin, si los alemanes pudieran concentrar más tropas en el oeste, o si los aliados se creyeran bastante fuertes, moral y materialmente, para atacar con sus masas reunidas, sin reparar en sacrificios, por costosos que fueran.

Por ahora, los unos no pueden, y los otros no quieren o no se atreven. Y sin embargo, un día u otro ha de cesar este estado de cosas, porque los pueblos no se rendirán sin que antes los ejércitos hayan dado su completo rendimiento. ¿Permitirán los aliados que Rusia vacile todavía más sobre unos cimientos que se cuarteán?

#### V.—Las operaciones en el teatro oriental

Cualquiera que sea el resultado final de la guerra, cabrá a Rusia la gloria de haber soportado sin des-

mayos los golpes principales del ejército austro-húngaro y la mayor parte del alemán. Su conducta no es una sorpresa para los que conocíamos las raras cualidades de tenacidad y perseverancia de aquel ejército.

Al N. del Niemen, en la Lithuania septentrional los rusos han podido contener por fin las correrías de la caballería alemana sobre las comunicaciones de Kovno, y han conseguido situar tropas en la línea del Dubissa, de modo que la región ocupada por los alemanes se extiende, aproximadamente, al O. de aquel río y al S. de la vía férrea Schvali—Libau. Los combates no se han interrumpido.

Nuevos choques se han registrado en el frente del Niemen.

En Polonia meridional, los austro-alemanes progresan desde la línea Kielce-Inovlodz hacia el E. La lucha ha llegado a los montes Lysa (Lysa-Gora), únicas elevaciones de terreno que se encuentra en Polonia, que parece han caído en su parte principal en poder del atacante; como consecuencia, éste se va acercando al medio Vístula, pero no es prudente que precipite la marcha, porque su flanco derecho no está cubierto y el izquierdo se halla más adelantado que las posiciones alemanes del Bzura, frente a Varsovia.

En Galizia, el paso del San ha sido forzado por Jaroslau y otros puntos; truena ya el cañón en las alturas de Przemyśl; y desde los Cárpatos descienden hacia el N. los austriacos. Aumenta el número de prisioneros rusos y el botín de guerra que abandona el vencido en su retirada. En el extremo E., los rusos se han detenido ante el Pruth, varios de cuyos sectores de la orilla N. están aun en poder de los austriacos. La Bukovina sigue libre de enemigos.

Abrazando en una sola ojeada la situación en Polonia y Galizia, se vislumbra un cambio más o menos inmediato en la marcha de las operaciones.

La toma de Varsovia tendría enorme trascendencia en el orden político, y en el militar permitiría disminuir las fuerzas inmovilizadas en Polonia. Ciertamente que las detenidas en el Bzura sirven de protección o cortina de todo el territorio que se extiende hasta las fronteras de Posnania y Silesia, pero para las operaciones activas aquellas tropas están descartadas. El medio Vístula es una línea natural de fácil defensa; si a ella pudieran llegar los alemanes habrían recorrido más de la mitad del camino que les falta para llegar a la paz. El ataque de frente a esa línea es expuesto y difícil; no acontece lo mismo si se la toma de revés desde la Galizia occidental.

Dueños ya los austro-alemanes de esa porción de provincia, se les abren dos objetivos: continuar la ofensiva hacia el E., hasta desalojar a los rusos de todo el territorio austriaco; penetrar directamente en Rusia, imitando en cierto modo la empresa acometida por los austriacos en el mes de agosto. En el supuesto de que los rusos se inclinaran a la paz, el primer objetivo sería el más importante, para tratar en buenas condiciones; más en la hipótesis de que Rusia no se considere vencida y se disponga a realizar nuevos esfuerzos—y esto lo sabe Alemania,—había de ser preferida la segunda solución.

Las circunstancias favorecen a los alemanes para acometer la campaña en cualesquier de los dos senti-



dos. La presencia en el N. de Niemen, en provincias rusas, llama hacia allá la atención del enemigo: aumentando las fuerzas que operan en el N. de Lithuania, se pondría al adversario en el caso de atender con preferencia a este peligro, como ha hecho ya, aunque tuviese que relegar a segundo término los demás, y se dispondría en Polonia de más libertad de movimientos. Muy alejadas, y empeñadas en combate, las tropas rusas del Dniester, no parece difícil fijarlas y entretenerlas, para que su intervención en el teatro del Vístula medio fuese tardía.

De esta suerte, las victorias en la Galizia occidental han abierto a los austro-alemanes nuevos horizontes; a su alcance está de nuevo la maniobra, que parecía extinguida por haberse establecido los rusos en posiciones que, para ser tomadas, exigían el ataque de frente. He aquí cómo la incursión en Lithuania y Curlandia y el avance en la Polonia meridional, pueden ser causa de que la guerra tome nuevos derroteros, de consecuencias más rápidas y decisivas. Pero como las comunicaciones escasean cuanto más los alemanes se internan en Rusia, la preparación de la siguiente campaña requiere algún tiempo. Entre tanto, parece lógico que se desoriente al enemigo, se le fije, y se complete el éxito moral y material con la reconquista de Przemyśl. La atención, desde este momento, ha de repartirse en todo el frente, porque también en el N. del Vístula, desde Plock a Mlava, volverán a sonar los disparos, con objeto de que los moskovitas no acudan con la masa de sus fuerzas al sector verdaderamente amenazado.

#### VI.—La situación militar el 22 de mayo

La persecución de los rusos en Galizia se ha detenido en las márgenes del San. Ello puede ser debido a tres causas: 1.<sup>a</sup> el agotamiento temporal del vencedor, por tantos días de marchas y combates; 2.<sup>a</sup> la colocación de tropas rusas en el San desde la derrota de Tarnov (los informes de origen ruso dieron a conocer que el gran duque comenzó a tomar disposiciones en este sentido, desde el día 12); 3.<sup>a</sup> el propósito de los austro-alemanes de llevar la guerra a la provincia de Lublin; de concierto con las operaciones en el distrito de Kielce. Cualquiera de estas tres causas que sea la verdadera, tardaremos algún tiempo en conocerla. Más de la mitad del territorio galiziano ocupado por los rusos, ha sido reconquistado en las tres primeras semanas de mayo; si el objetivo inmediato de los austro-alemanes fuera libertar el resto—que no lo creo—, la segunda etapa de la campaña, una vez reforzada la extrema ala derecha, será más rápida que la primera.

La Bukovina continúa limpia de enemigos, y los combates entre el Dniester y el Prush han perdido

sus primitivos caracteres de violencia. La masa rusa más importante se encuentra al N. de Colomea, y la austriaca al S. de Strij.

Al otro lado del Vístula, en la provincia de Kielce, los rusos han contenido el avance enemigo en las montañas de Lisa y al N. de las mismas. Con ello se dificulta la marcha sobre Ivangorod, pero la línea del Vístula medio corre peligro de ser envuelta por haber caído otra vez en manos de los austro-alemanes la punta fronteriza de Sandonier.

Nada de particular ha ocurrido al O. de Varsovia y en la línea del Niemen.

En Lithuania, la lucha es indecisa. Los rusos no cesan de llevar fuerzas a este sector, y los alemanes han aumentado las suyas. Los primeros han descendido algunos kilómetros al S. O. de Schewali, pero en compensación los alemanes han vuelto a extenderse por el E. del Dubisza. Los moskovitas hacen grandes esfuerzos para asegurar el sector de Kovno.

En el frente occidental, las grandes operaciones han vuelto a quedar en suspenso, y, como ha acontecido siempre en este caso, son los alemanes quienes menudean los pequeños ataques. Ni al N. de Arras, ni al N. de la Bassée, ni en el sector de Ipres, hay cambios que señalar, como tampoco en la Champagne, entre el Mosa y el Mosela y en los Vosgos.

Aunque los aliados declaran continuos éxitos de sus armas en los Dardanelos, ni Krithia ha caído en sus manos, ni los contingentes australianos han conseguido llegar a la línea de alturas que se opone a su avance. La escuadra anglo-francesa cañonea sin cesar los fuertes y baterías del estrecho, bien que sin acercarse a la angostura, ni repetir la tentativa del paso a viva fuerza.

El golfo de Smirna y algunas poblaciones del litoral de Siria han sido bombardeados por los barcos franceses; no se ha efectuado ningún desembarco.

Tampoco los rusos se han acercado de nuevo a la entrada del Bósforo.

Las noticias de las operaciones en el Cáucaso son más confusas cada día. Además de continuar la lucha iniciada hace muchos meses, en la dirección de Olty los rusos manifiestan que se desenvuelve felizmente su ofensiva «en la dirección de Van». ¿Acaso han entrado en territorio turco, internándose muchos kilómetros en él? Esperemos que la cita de algún pueblo esclarezca este enigma.

Los viajes de los zeppelin sobre las costas de Inglaterra y algunas provincias francesas se han hecho tan frecuentes, que ya no despiertan la atención.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

22 de mayo 1915.

#### A NUESTROS LECTORES

Aunque todavía no es un hecho la declaración de guerra de Italia a sus aliadas, no cabe ya seguir abrigando esperanzas; nuevos materiales van a ser arrojados a la hoguera.

En consecuencia, dedicaremos el próximo cuaderno, 52, a tratar de la nueva situación militar, política e internacional que va a crearse, sin menoscabo de seguir, con la atención de siempre, las operaciones militares en los demás teatros de la guerra.

Con el cuaderno 52—que aparecerá el día 31 del corriente mayo—se repartirá un mapa de las fronteras austro-italianas; y con los cuadernos siguientes distribuiremos otros mapas, muy detallados, del Trentino y los territorios en que sucesivamente se desarrolle la campaña.

Los Editores  
Derechos reservados